# LOS AUTORES COMO LECTORES. LÓGICAS INTERNAS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

**Miguel Ángel GARCÍA GARCÍA**

(Madrid: Marcial Pons, 2017, 306 págs.)

La labor investigadora de Miguel Ángel García prosigue su brillante trayectoria con esta nueva y novedosa aportación que ahora reseñamos: *Los autores como lectores. Lógicas internas de la literatura española contemporánea*. Novedosa porque traslada su interés del eje autor/producción al eje lector/recepción para ofrecernos una historia crítica de lecturas, articulada en torno a una serie de lógicas internas de la literatura española contemporánea, que tienen una particularidad decisiva: la de haber sido hechas por determinados autores sobre otros determinados autores.

Firme en los presupuestos teóricos que caracterizan su investigación, que entienden la literatura como un discurso ideológico radicalmente histórico, García apela a las palabras de su maestro, Juan Carlos Rodríguez, para subrayar que la clave de toda investigación sobre la lectura reside en el "yo-lector-de-sí-mismo" (pág. 14) con que nuestro inconsciente ideológico, derivado de las relaciones sociales y de producción capitalistas, nos obliga a leer.

La ideología literaria dominante, que concibe la literatura como un fenómeno lingüístico y estético, entiende la obra como la verdad de un

sujeto autor que es considerado idéntico al sujeto lector que la reproduce a continuación. Por eso el lector puede "reconocerse en la obra, y reconocerse como subjetividad, como verdad". Este relación intersubjetiva que propicia el objeto literario se sostiene en "la ideología burguesa del sujeto libre que pretende decir 'yo soy', construirse o constituirse a partir de la creación doble de la escritura y de la lectura" (pág. 27). Según esta lógica, la obra no sería más que "una manifestación del sujeto/espíritu humano" (pág. 28) en su lado estético, lingüístico. De ahí la presunción de que el lector, en cuanto partícipe como el autor de ese supuesto espíritu humano eterno, puede enfrentarse directamente, de manera inocente, con cualquier texto por encima del tiempo y las circunstancias.

Frente a esta lectura directa o inocente, que presupone la existencia de un espíritu humano literario siempre idéntico a sí mismo, García, en la estela del Althusser lector de *El capital* que sostiene que toda lectura es culpable, que siempre leemos desde un inconsciente ideológico, propone "una lectura sociológica y sobre todo ideológica e histórica de la lectura" que subraye "la historicidad de toda lectura" (pág. 29).

Partiendo de estos presupuestos, que son convenientemente desarrollados en el introductorio capítulo I, los catorce trabajos restantes se destinan a situar en la historia las diversas lecturas objeto de estudio. Este ejercicio de historización permite a García mostrar que los autores construyen su yo literario a partir de la lectura y de acuerdo con el inconsciente ideológico y estético dominante, y lo hacen "para leerse a sí mismos a partir de los autores leídos, para definirse mediante la tradición lejana o inmediata" y, en ocasiones, "para situarse en el sistema o el campo literario del que forman parte, trazando afinidades y diferencias con respecto a los demás habitantes de esa tradición o ese campo" (pág. 15).

El volumen se abre con cuatro ensayos sobre el modernismo. Dos de ellos (capítulos II y IV) se ocupan de Rubén Darío. En el primero,

el estudio de la lectura dariana de Ganivet permite descubrir en Darío a un intelectual comprometido, "a un escritor que socializa y compromete ideológicamente su estética modernista, alejándola de la supuesta evasión con la que demasiado a menudo se le ha caracterizado" (pág. 53). En el segundo, García examina la segunda edición de *Azul*... (1890) y demuestra, con sólida argumentación, que el prólogo de la primera edición de *Azul*... (1888), el del chileno Eduardo de la Barra, "determina varios de los asuntos tratados en las dos célebres cartas de Juan Valera que Darío, consciente de la necesidad de autopromocionarse como renovador y del espaldarazo definitivo que le había dado Valera" (pág. 79), quiso convertir también en prólogo de la segunda edición.

Los otros dos ensayos (capítulos III y V) se centran en Azorín. En el primero, los fundamentos de la revisión azoriniana de los clásicos, una vez liberados del lastre crítico positivista y de la deshistorizadora categoría de sensibilidad, son aprovechados por García para defender, frente a las estrategias que pretenden reemplazar el canon, la necesidad del uso del clásico en la enseñanza literaria y advertir de que el futuro universitario de lo clásico dependerá de cómo se enseñe a leer a los autores marcados con esa etiqueta. En el segundo, acompaña la búsqueda que Azorín emprende en la prosa del siglo XVI de autores que se acomoden a las exigencias del concepto de alma castellana que está elaborando. Concepto que no es más que "una construcción literaria e ideológica" que cobra sentido dentro de "un proyecto de nacionalismo liberal, reformista y modernizador que descansa en una ideología castellanófila" (pág. 97).

El capítulo VI lo destina a ilustrar las diferencias estéticas entre Antonio Machado y un Juan Ramón Jiménez que, siempre fiel al simbolismo, no supo comprender que "lo castellano", que él repudiaba, es más que una simple temática para Machado, pues implica un cambio ideológico radical que abre su poesía a "la vida activa, real, militante"

(pág. 134).

A partir del capítulo VII, donde se documenta la contribución de los artículos de Rosa Chacel a la construcción del "horizonte mitológico del 27 como una unidad homogénea o de grupo" (pág. 151), el 27, bien como grupo, bien representado por alguno de sus integrantes, es el telón de fondo donde se perfilan las diferentes problemáticas lectoras de los restantes trabajos del volumen.

En el capítulo VIII, García examina las lorquianas de Salinas y Alberti para subrayar cómo la lúcida percepción de estos poetas supo identificar y valorar la aportación lorquiana al romancero, que concretan en la fusión de andalucismo, neopopularismo y dramatismo lírico.

La poesía española de la segunda mitad del siglo XX no se entiende sin la lección de Luis Cernuda. Esta evidencia se atestigua en el volumen con tres ensayos donde el poeta de *La realidad y el deseo* es protagonista en mayor o menor medida. El capítulo IX es utilizado para mostrar que la naturaleza romántica del poeta sevillano construye su ideología estética, su "andalucismo nórdico" (pág. 175), a partir de dos lecturas, la de un sur contemplado míticamente y la de los románticos del norte (Hölderlin, Shelley…). En el capítulo XII, el estudio del intercambio epistolar entre Cernuda y Gil de Biedma acredita que no cabe hablar de una influencia del poeta del 27 en el poeta del 50, sino de una "confluencia" (pág. 227) propiciada por el compartido interés en la tradición poética anglosajona. En el capítulo XIV, una meticulosa tarea de historización, al hilo de la lectura de Cernuda que hace Francisco Brines, permite a García desenmascarar los intereses ocultos tras las diversas lecturas que Cernuda ha soportado en las distintas coyunturas históricas y estéticas de la segunda mitad de la pasada centuria.

En el capítulo X, y a modo de posible y recomendable introducción al estudio de la poesía del autor de *Sombra del paraíso*, se analiza la

producción crítica e histórico-literaria que Gerardo Diego dedica a la poesía de su amigo, Vicente Aleixandre.

En el capítulo XI, García comenta los trabajos de Ángel González sobre el 27 a partir de una reflexión del autor de Áspero mundo, la de que entre 1925 y 1935 el 27 ocupó "todas las mansiones posibles de la poesía" (pág. 207) creando una gran tradición de la que las generaciones posteriores no pudieron escapar, aunque fuera para negarla, porque todos los modos poéticos del resto de siglo XX estaban ya de algún modo contenidos en ella.

En el capítulo XIII, partiendo de otra evidencia, la de que la lingüisticidad se ha erigido en el elemento definitorio de la literatura, García analiza la lectura puramente lingüística que Alarcos Llorach hace de dos poetas comprometidos, Blas de Otero y Ángel González, poniendo de manifiesto hasta qué punto la noción de compromiso entra en conflicto "con la inmanencia de los análisis que se apoyan en la llamada función poética del lenguaje" (pág. 237).

El capítulo XV, último del volumen, se ocupa de Antonio Carvajal. De entre las múltiples intertextualidades que pueblan el universo poético de las primeras obras de este poeta, García atiende al papel que desempeñan, en *Extravagante jerarquía*, Góngora, Soto de Rojas y, sobre todo, el Aleixandre de *La destrucción y el amor*.

Quizás no sea inadecuado terminar la reseña recordando al Schopenhauer que prevenía sobre la conveniencia de no magnificar el valor de la lectura. La lectura, aducía, desempeña un papel beneficioso como iniciadora, pero se vuelve peligrosa cuando, en lugar de despertarnos a la actividad personal del espíritu, tiende a sustituirla, cuando leer equivale a pensar con un cerebro ajeno y repetir lo pensado por este. De tal peligro queda libre el lector que se adentre en *Los autores como lectores,* pues encontrará un libro que pone en valor su independencia de

criterio, animándole con el propio ejemplo, ya desde las primeras líneas, a enfrentar todo texto desde la saludable distancia que procura el ejercicio de la reflexión crítica.

Blas Macías Aguado
Universidad de Granada